# Ducha para viejos

Autor: Manolo Campa

"Nos estamos poniendo viejos", me informó mi esposa con alguna intención que iba más allá de ponerme al tanto del deterioro que causan los años. "Déjame a mi fuera de ese diagnóstico", le pedí con enojo. "Yo no me estoy poniendo…" No me dejó terminar la frase: "Es cierto, tu ya estás viejo", dijo con la satisfacción propia del esgrimista que se anota un punto pinchando al contrario con una estocada certera.

Habiendo establecido que ya estamos achacosos, continuó razonando en busca de su objetivo: "Un gran número de personas de nuestra edad sufren accidentes en las bañaderas al entrar, al salir o al resbalar en ellas." Guardé silencio en espera de su solución a las limitaciones de la vejez y la posibilidad de romperse la crisma al bañarse.

En efecto, ella tenía un proyecto: "Vamos a quitar la bañadera y hacer una ducha con piso rústico que no resbale. Le instalamos unas puertas nuevas de cristal transparente que le den realce y profundidad al cuarto de baño… y lo podemos pagar con lo que nos queda del dinero de 'estímulo' que recibimos del gobierno." Y concluyó satisfecha, con gesto inocente, como el de la niña que acaba de recitar "Los zapaticos de rosa" y espera que la aplaudan.

Del dinero que recibimos para gastar y estimular la economía quedaba el recuerdo de un crucero de tres días… y nada más. Pero accedí a la remodelación. Calculé que el contratista cobraría tanto por su trabajo como el médico en caso de una caída, pero valía la pena el gasto si nos libraba del fastidio doloroso de unas costillas rotas.

En efecto el cuarto de baño luce muy bien… pero darse una ducha ahora es una pesadilla. Es cierto que entrar y salir de la ducha es fácil y seguro pero… antes de proceder a secarse, el usuario tiene que enjuagar las puertas de cristal con agua tibia para que, al pasarle la gamuza (como la que tengo para los cristales del automóvil), no queden rastros de las goticas de agua… los metales también deben quedar impecablemente secos, sin huellas de salpicas de agua o jabón. Me voy a inscribir en el gimnasio que está en el centro comercial que me queda cerca, solamente para bañarme allí y salir de la ducha y punto.

Cuando era un jovenzuelo estuve sujeto a la disciplina de mi madre que padecía de una obsesión por la limpieza y el orden. Me parecía estar sometido a las reglas de un reformatorio de menores. Nunca pude sentir la placidez de vivir el grato desorden en un apartamento de soltero pues "salí casado de mi casa", como decían con honra las madres de antaño cuando las hijas abandonaban el hogar para formar otro propio.

Mi esposa también sufre el síndrome que padecía mi madre. En nuestro hogar la limpieza y el orden no son opcionales, son obligatorios. Ahora soy alumno de una "Escuela del Hogar para Varones": Si no tengo idea de cómo hacer las cosas o el lugar

donde van, se me enseñan los procedimientos adecuados y se me indica el “closet” o la gaveta donde, después de doblarlas nítidamente, se guardan las prendas de vestir. Pensé que al casarme iba a encontrar holgura para el reguero y el desorden pero no fue así… “Salí de Guatemala y entré en Guatepeor”.

## EN SERIO:

Desde hace un buen número de años, disfruto de la hospitalidad de este país que me acogió brindándome las mismas oportunidades que brinda a sus propios hijos. Gozo de su libertad conseguida con el precio de muchas vidas. Su progreso se refleja en el mío propio y sin darme cuenta no soy un extraño en esta nación donde no nací.

Me interesa el bienestar de este pueblo. Observo su política y a sus políticos. Me preocupan los cambios que le afectan. Me duelen sus tragedias y me enorgullecen sus triunfos. Le demuestro mi agradecimiento sin reservas. Esta gratitud de ninguna manera merma el amor que siento por la tierra donde nací y no me hace olvidar que cuando salí de ella, decidí hacer todo lo humana y espiritualmente posible para volver a verla libre.

Convencido del formidable poder de la oración rezo todos los días por la libertad de los pueblos oprimidos, la del mío y la de todos los otros que también sufren. No olvidando que por encima de las barreras del idioma y las costumbres, el pueblo norteamericano nos has abierto sus brazos, también elevo una oración por él.

¡Cuidado! No seamos aliados de nuestros enemigos, precisamente desuniendo, sembrando rencores, atacando a todos los que no sienten y piensan como nosotros. Nuestra causa no es la del odio que todo destruye… es la del amor que une…es la que nos pide “amarnos todos como nos ama Dios”.